

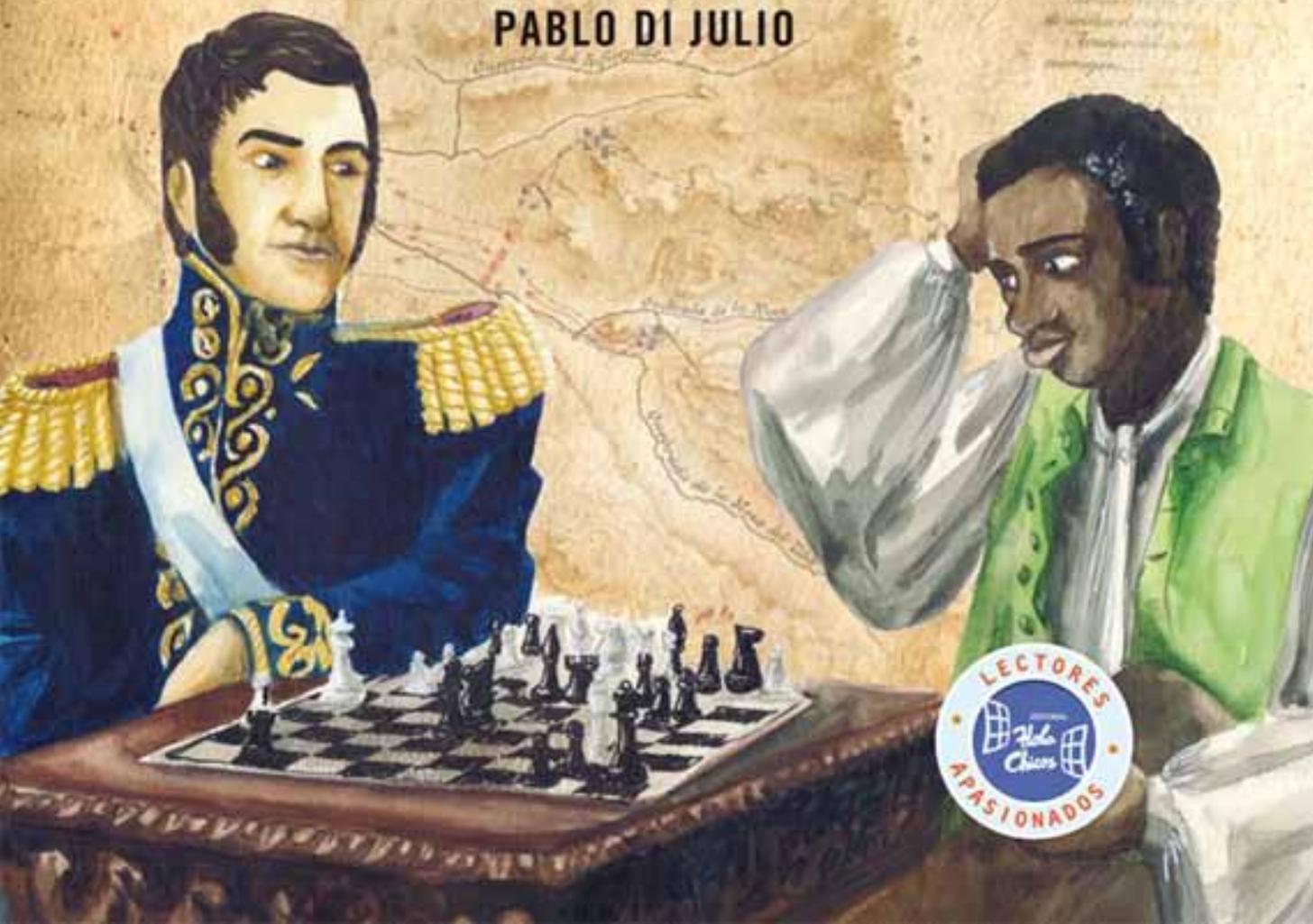
NUESTRA  
PATRIA

# EL CAMINO DE LA PATRIA

*Mi amigo José  
y el gran cruce de los Andes*



JOAQUÍN DI JULIO  
MARÍA LAURA CARUSO  
PABLO DI JULIO



# Recuerdos de Itatí



Corría diciembre de 1850. Era una tarde apacible, una de esas siestas mendocinas, donde todo parece apagarse por un momento, como si la vida se tomara un breve recreo, para seguir con más fuerza a las cinco de la tarde.

Papá estaba sentado en su mecedora, mirando por la ventana cómo no pasaba nada de nada. Yo, a su lado, le leía viejos libros que su amigo le había regalado antes de partir.

Un golpe en la puerta nos sobresaltó. Con cuidado fui a ver quién era. Era un mensajero con un sobre bastante desgastado. Se dirigía a mi padre. Se lo entregué en su mano temblorosa.

—Temo abrir esta carta —me dijo—. Ya sé lo que dice, pero no abrirla estira la ilusión de un mundo que prefiero, con personas que hacen bien, que inspiran, que hacen grande a un pueblo... Voy a tomarme un momento, uno de esos

que podemos regalarnos, para recordar, agradecer y honrar... Por favor, ya que por él y su obsesión por la educación sabes escribir, y él mismo me lo pidió, escribe esta historia por mí.

Y así es que cada siesta, a veces entre mate y mate, a veces estirada hasta el chocolate, por varios días, me dictó lo que sigue y que transcribí en su nombre.





# *Siesta 1*



*De dónde vengo,  
despedidas y encuentros*



Nací en Yapeyú, en agosto de 1775 y me dieron el nombre de Joaquín.

Mi madre, Jacinta, de niña ya era la compañía de Doña Gregoria. De muy joven vino al Río de la Plata con ella. Dejó atrás a sus padres y a siete hermanos, en un largo viaje de barco. Largo de verdad: yo también he hecho el mismo viaje y hay momentos en que uno duda que la tierra vuelva a verse

La familia de mamá estaba acostumbrada a las despedidas y a los barcos. Llegaron desde África a España. No es que hayan disfrutado de viajar, o que buscaran un futuro mejor, o al menos que lo decidieran, nada de eso, simplemente fueron arrancados de su historia, para ser parte de la historia de otros. En ese entonces, el mundo tenía también sus crueldades, una

de ellas era considerar a la gente de color, de menor categoría y como servidumbre por derecho propio. Y hubo algo de suerte ahí: la familia a la que llegó era gente muy amable.

Doña Gregoria y su familia se instalaron en Tucumán. Mi madre, con ellos. Un océano de pena la separaba su familia, aunque ella prefería pensar en un horizonte de esperanzas. Siempre encontraba excusas para la alegría. Mi morena bella...

Tenía tan solo quince años cuando la casaron con el criado de Juan de San Martín, Nazareno —así se llamaba mi padre—. El tenía dos años más que ella. A Doña Gregoria la casaron con Juan. No fue amor a primera vista. Gregoria era prima hermana de Jerónimo Matorras, gobernador y capitán general del Tucumán. Era una unión muy conveniente. Por aquella época, no pesaban tanto los deseos de los jóvenes y se entendía que los mayores podían decidir. No pienso que no se quisieran, “el amor se construye”, decía mi madre, nada más digo que no fue un cuento de príncipes y princesas. Menos para mamá, que le tocaba estar en las habitaciones de servicio de “palacio”.



*Doña Gregoria Matorras*



*Don Juan de San Martín*

Las bodas fueron el 1 y el 2 de octubre de 1770, la de los Señores contó con las bendiciones del obispo de Buenos Aires, Manuel Antonio de la Torre. Papá y mamá, al otro día, tuvieron su sacristán<sup>1</sup> y celebraron a solas con alguna copa y bocado que habían quedado de la gran fiesta. Tienen recuerdos muy bellos de ese día. Mamá, con sangre africana que le latía intensidad creciente, era muy creyente por influencia española. Papá no había pensado en eso, aun así entendía que Dios era bueno y lo había protegido siempre. Ella había prendido jazmines en su cabello oscuro, y a él, Juan le había prestado un saco, que

---

1. Persona que en las iglesias tiene a su cargo ayudar al sacerdote en el servicio del altar y cuidar de los ornamentos y de la limpieza y aseo de la iglesia y sacristía.

quedaba algo gracioso en el contraste con el resto de la ropa más viejita y humilde. Mamá decía que la camisa blanca lo hacía ver muy guapo, le resaltaba la sonrisa y los ojos. La ropa blanca en casa era muy blanca. Jacinta tenía una fuerza única para lavar la ropa en el río, y lavaba la nuestra con tanto esmero como la de los señores. “Nunca la pobreza tiene que ver con la suciedad ni la desprolijidad” decía mientras aplastaba con amor el piso de la habitación para que no vuele el polvo. Pasaba el plumero a la mañana y a la noche. Nuestro rincón en el mundo era nuestro lugar perfecto, claro, era nuestro, era digno, y lo cuidábamos porque estábamos juntos.

Mamá y papá se hicieron rápido a la idea de quererse. Venían los dos de distintas soledades. Mi mamá, que había dejado sus amores en España. Papá, que no sabía muy bien de sus orígenes. Naza, así lo llamaba Don Juan, fue dejado en la puerta de la casa de la familia San Martín con tan solo unos días de vida. Fue amamantado por la misma nodriza<sup>2</sup> que Don Juan. La misma edad, el mismo alimento, y vidas muy distintas.

El fuerte moreno tampoco era de quejarse: había aprendido que sus padres lo dejaron ahí para darle un destino mejor y mamá le enseñó a reírse. El gusto por la compañía del otro se fue haciendo apego, después cariño y, cómo no, el amor.

---

2. Persona que cría a una criatura ajena.

Papá acompañó a Juan resolviendo los temas cotidianos para que el señor tuviera toda su cabeza en desempeñar con honor las tareas como administrador de la estancia jesuítica. Mamá acompañó con mucho cariño a Gregoria, que ahí tuvo a tres de sus hijos. Al cesar en ese cargo, ya en 1775, Juan fue designado teniente gobernador de Yapeyú. Sus otros dos hijos y yo nacimos en ese lugar. Yo llegué yo al mundo, y, según dicen, grité muy fuerte, “fue grito, no llanto”, decía mi padre. José, mi gran amigo, fue el menor de ellos. Mis hermanos nacieron uno por año, hasta completar el número de cuatro varones, Mariano, Vicente, Pedro y yo, y una niña, la más fuerte de todos nosotros, Ramona.

Nazareno estaba orgulloso de su señor. No puedo imaginar lo que lo hubiera estado de haber conocido en profundidad a José. Siempre contaba cómo Juan había organizado el cuerpo militar de 550 naturales guaraníes, para contener los avances portugueses y las incursiones de los indígenas charrúas. Era un patriota antes de que la patria fuera un sueño. Respetaba a los pueblos originarios tanto como lo haría José. ¡Esas cosas se aprenden!

Cuando yo tenía cuatro años y José apenas uno. En 1779, Juan ascendió al grado de capitán del ejército real y debió volver a España. Su fiel amigo lo siguió y mi mamá, mis hermanos y yo, estuvimos con Gregoria y sus cinco hijos en Buenos Aires, pero por un tiempo nomás.